Globethics Repository



Globalización y ética economica [Globalization and economic ethics]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Conill, José
Publisher	Conferencia de Ética, Economía y Dirección
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-11-10 18:52:27
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/201189

GLOBALIZACIÓN Y ÉTICA ECONÓMICA Error! Bookmark not defined.

Jesús Conill
Universidad de Valencia

La globalización es uno de los temas en que más se centra la atención de muchas de las recientes publicaciones sobre economía, de las reflexiones medioambientales y de los foros nacionales e internacionales.

Es innegable que se están produciendo una serie de procesos de carácter global y mundial. Los mercados financieros alcanzan un nivel planetario y las autopistas de la información llegan hasta los últimos rincones de la tierra. Tareas tan urgentes e importantes como evitar la destrucción de la ecosfera, esquivar el riesgo de desertización del planeta, exterminar la plaga del hambre y la guerra, destruir la maldición de la pobreza, exceden con mucho las posibilidades de una nación. Vivimos cada vez más en un contexto global, que ha dejado menguados a los estados-nación y requiere para sus problemas soluciones globales.

Ante hechos irreversibles como éste suelen producirse entre las gentes al menos tres reacciones: la *timorata y catastrofista*, deseosa de hacer marcha atrás, asustada ante cambios a su parecer apocalípticos, situados muy por encima de cualquier intervención humana; la *oportunista*, que en el río revuelto del desconcierto general trata de desviar las aguas hacia su provecho individual o grupal, que es el que al cabo le importa; la *ética*, convencida de que las innovaciones deben convertirse en oportunidades de progreso para todos, y de que para eso hemos de hacernos cargo de la realidad que vivimos, cargando con ella y encargándonos responsablemente de ella.

Y responsabilizarse significa, en nuestro caso, abandonar discursos catastrofistas, acoger lo nuevo y orientarlo hacia metas tan antiguas ya, pero no estrenadas, como la realización de mayor libertad, justicia y solidaridad. Para eso será necesario asumir globalmente los problemas que globalmente se presentan, abandonando, por retrógrados tanto el catastrofismo como el egoísmo oportunista.

En un mundo globalizado el egoísmo es nefasto, como lo son los vulgares nepotismos y amiguismos, la defensa injusta de "los míos", "los nuestros", sea en la política, sea en la economía, en la universidad o en el hospital. Ante retos universales no cabe sino la respuesta de una actitud ética universalista, que tiene por horizonte para la toma de decisiones el bien universal, aunque sea preciso construirlo desde el bien local. Lo otro, los oportunismos miopes, es cosa no sólo trasnochada, sino suicida y homicida.

Por eso, en vez de seguir sometidos a una inveterada propensión a responsabilizar del mal moral a fuerzas sobrenaturales o similares, en tiempos secularizados no hay más remedio que hacerse cargo de la realidad y responsabilizarse de males como el hambre, la miseria, las guerras, las muertes y secuestros, las injusticias cotidianas. Pero la humana imaginación, siempre fértil para estas cosas, ha encontrado nuevos chivos exculpatorios. El "sistema" y "las estructuras" eran en otros tiempos las fuerzas cuasi-sobrenaturales a las

que se responsabilizaba de todo en última instancia. Al hablar de los males del mundo, ponían las gentes cara trascendente y decían que eran responsables el "sistema" y las "estructuras", como si las gentes nada tuvieran que ver.

Hoy aquellas antiguas fuerzas se han reencarnado en la *globalización económica*, financiera y comercial, a la que se atribuye el triunfo de los valores economicistas, el egoísmo de una sociedad consumista, la insolidaridad de los países desarrollados y un largo etcétera. "Nos dirigen", "nos obligan", es el mensaje exculpatorio. Pero es falsa, además de cómoda, esta nueva versión del determinismo. Por muy condicionados que estemos, seguimos gozando de al menos un ápice de libertad, la suficiente como para darnos cuenta de que en cierta medida somos libres de optar por unos valores u otros, por unos modos de vida u otros. Ni el sistema, ni la globalización nos determinan en un sentido unívoco. Bregar por una *globalización ética*, por la mundialización de la justicia y de la solidaridad, es la tarea de las personas libres, aprovechando las redes mundiales, el sentir común que también se va generando por todos los rincones del planeta. En esta línea urge pensar (estudiar) y actuar, mostrando que somos mínimamente libres para hacer frente al determinismo neutralizador.

Es innegable la tendencia actual hacia una globalización económica creciente, en especial facilitada y acelerada por las *nuevas tecnologías*, en especial las de la información y comunicación, aunque lo que no está tan claro es que este proceso lleve consigo necesariamente una globalización del progreso auténticamente humano.

En principio, uno de sus resultados más espectaculares ha sido la creación de un "*mega-mercado*" financiero, en el que todos los días se mueven cifras astronómicas, en virtud del cual se ha producido un estado permanente de *inestabilidad*, debido a la falta de previsión y control de los peligros que genera. Esta inestabilidad creciente puede hundir las economías domésticas menos potentes e impulsa a que los capitales se dirijan de la periferia al centro buscando la mayor seguridad posible.

Una consecuencia, por consiguiente, de la tendencia globalizadora es la *concentración* de los centros de decisión y de información, lo cual hasta se percibe en las informaciones que recibimos de las fusiones, por ejemplo, de los grupos de producción de automóviles, de las compañías aéreas, de las entidades financieras, etc.

Son muchos los que han señalado que con esta globalización ha aumentado el crecimiento y la tasa de *beneficio*, pero no siempre se aclara que esta gananacia no se ha canalizado hacia la economía real de bienes y servicios, ni hacia la creación de empleo, ni hacia el desarrollo de los más desfavorecidos y empobrecidos, sino que alimenta la voracidad de la creciente *especulación* financiera. Todo lo cual contribuye a explicar, por ejemplo, que el empleo disminuya, a pesar del aumento de los beneficios, pues, aunque parezca mentira o pueda sonar raro, en este contexto económico se cotiza al alza la no generación o la reducción de empleo.

Por otra parte, los beneficios no se distribuyen por igual. Es patente que al proceso de globalización ha acompañado un aumento de las *desigualdades* entre los países y entre las personas. Es este un estado de desigualdades agravado por las dificultades que existen para la libre circulación de los trabajadores de unos países a otros, especialmente de los más pobres hacia los ricos. Pues así como el *capital* se mueve con gran facilidad, no ocurre lo mismo con los *trabajadores*, de manera que la globalización favorece más los intereses

del capital (fácil de mover y evadir) que los del trabajo.

Indudablemente, la globalización pone en marcha una serie de posibilidades en el ámbito de la producción y la comercialización; por ejemplo, cualquier producto puede elaborarse en cualquier lugar de la tierra y venderse en cualquier otro, gracias a la innovación tecnológica, a los cambios en los transportes y las comunicaciones y a la libre circulación del capital financiero. Aunque esta posibilidad, por el momento, sea una realidad sólo en una parte de la tierra, existe como posibilidad real: los mercados financieros y las autopistas de la información pueden llegar hasta los últimos rincones, con lo cual los estados nacionales se ven impotentes para controlar los flujos financieros, la producción y desplazamiento de mercancías y de información, y el mercado internacional va marcando la pauta.

En este contexto internacional, los retos globales exceden, pues, con mucho las posibilidades de una nación, y mucho más aún de los grupos o de las personas. Y es que la globalización económica lleva aparejado un fenómeno de desregulación preocupante, que obliga a las empresas a tomar decisiones en condiciones de incertidumbre, como también que los estados nacionales se ven desbordados, pero no es menos cierto que abre también caminos prometedores. Por eso más vale que intentemos descubrirlos, no sea cosa que nos ocurra como con la socialdemocracia, con el estado social, que tanto criticarlo por reformista y "lacayo del capitalismo", y ahora todo son nostalgias, deseos de verlo mundialmente implantado.

Gracias a la globalización podemos comprender mejor que los bienes de la tierra son *bienes sociales*, ya que se producen con el concurso de distintas partes del mundo. De ahí que se procure una distribución lo más justa posible de la riqueza global, para lo cual urge potenciar las *redes transnacionales* e internacionales de solidaridad, urge superar el egoísmo y el proteccionismo de los poderosos, aprovechando las oportunidades abiertas precisamente por el desarrollo de las nuevas tecnologías. El viejo sueño del internacionalismo se iría haciendo posible, con tal de que asumiéramos globalmente los problemas que globalmente se presentan, abandonando, por *retrógrados* tanto el *catastrofismo* como el *egoísmo oportunista*.

Ahora bien, es cierto que la instancia que tradicionalmente ha ejercido el control social, el estado-nación, sufre actualmente una crisis. Primero, porque al parecer este tiene menos margen de acción, al ser sustituido en parte por el mercado y vaciado por diversas tendencias, dado que resulta demasiado pequeño para lo grande (de ahí la cesión de parte de su soberanía hacia arriba) y demasiado grande para lo pequeño (de ahí la cesión de competencias hacia abajo). A lo cual hay que añadir un creciente desprestigio del estado, de los políticos e incluso de lo público en general. Un desprestigio del estado, debido a su clamorosa ineficiencia y a haber renunciado a sus propios valores y a la prestación de algunos servicios que le son propios (como su función redistributiva, etc.). Por este camino se corre el peligro de confundir "sociedad de mercado" y "economía de mercado", error del que ya hace tiempo nos advirtieron los análisis de Polanyi.

Todo lo cual requiere una renovada ética política y social, capaz de hacer frente a los procesos globalizadores en la economía, la política y la cultura. A esta ética política y social, que decimos haber aceptado en nuestras sociedades, desde los mínimos compartidos de libertad, igualdad, solidaridad y respeto activo, le resultan inaceptables muchos de los efectos de la globalización, como el acrecentamiento del abismo que separa a los ricos de los pobres, a los

poderosos de los *áporoi*. Es una auténtica contradicción proclamar que toda persona es libre e igual y mantener en la práctica unas desigualdades tan injustas. Y aquí conviene recordar que nadie puede alegar desconocimiento de esas desigualdades, ni falta de medios para empezar a remover las situaciones. Lo único que falta es voluntad real y decisión.

En realidad, la esquizofrenia entre los valores éticos que decimos aceptar y lo que realmente hacemos, es antiquísima. Vieja es ya la miseria en cada uno de nuestros países y no parecemos perder el sueño por eso. Podría decirse, claro, que la globalización parece alejar de nuestras manos las decisiones, de modo que lo más inteligente es recluirse en la vida privada, en el ámbito familiar y de amigos. Sin embargo, hace ya décadas que los ciudadanos se sienten impotentes en la vida pública de las democracias representativas. Por eso preocupa que los sedicentes "progresistas" cada vez parezcan más "reaccionarios", al actuar más por simple reacción que adelantándose creativamente al curso de los acontecimientos. Aprovechar los caminos transnacionales e internacionales de la globalización para realizar el viejo sueño internacionalista es un gran reto actual.

Entre las tareas que implica cabe destacar la necesidad de instituir un eficiente control *internacional* de la economía global y de unas reglas de juego más justas, porque las existentes favorecen a los países más poderosos, que se protegen por los medios más retorcidos, practicando un neoproteccionismo incluso en nombre del mercado.

Y es que en realidad la globalización es no sólo reducida e imperfecta, sino en muchas ocasiones está amañada en favor de determinados intereses hegemónicos. Por ejemplo, como ya hemos indicado, no se liberaliza el trabajo, sino sobre todo el capital. Y en otras ocasiones se alude a la globalización como una excusa para reducir o dejar de mantener el estado social de derecho y sus prestaciones (en sanidad, educación y otras coberturas sociales).

Una posición auténticamente crítica ante la globalización presupone ante todo una determinada postura ética. Pues la globalización económica no es ni mala, ni buena. Cuando la atacamos es debido a la dificultad que entraña controlar la economía desde los estados nacionales que, mejores o peores, son ya viejos conocidos nuestros. Pero parecemos haber olvidado, al hablar así, que los estados nacionales de la mayor parte del planeta han consentido unas desigualdades internas escalofriantes, que los imperialistas siempre han contado con títeres de cada nación, y que el estado del bienestar, preocupado por las exigencias de justicia de sus ciudadanos, ha sido una realidad casi exclusivamente europea.

Más vale, pues, que en vez de empecinarnos en lo malo conocido, veamos si lo por conocer puede aportar oportunidades de bien. Y, en este sentido, es urgente aprovechar las redes transnacionales y plantear desde ellas exigencias de justicia y solidaridad, para comprometer a las distintas esferas sociales y políticas en esa revolución pendiente de satisfacer al menos los mínimos de justicia que a cada persona, por serlo, se debe.

La globalización se ha ido produciendo tras la práctica eliminación de los bloques militares, que ha cambiado la faz de la tierra. Pero esos bloques han dejado paso a una nueva configuración global: la de cuasi-bloques comerciales, entre los que ya se da –y se prevé que aumente- una dura guerra económica. Una guerra económica entre las superpotencias mundiales y otra guerra entre los países ricos (poderosos) y los pobres. En el primer caso, lo que está en juego es la forma de organizar el capitalismo; en el segundo, la

posibilidad de nuevas vías de desarrollo para los países subdesarrollados tras la que ya se ha considerado la "década perdida".

Los bloques económicos a que ha conducido el cambio de escenario mundial podrían ir abriendo el camino hacia un comercio mundial cada vez más libre a través de un "comercio administrado" entre regiones. En este nuevo contexto se han promovido nuevas formas de cooperación, de manera que los ingredientes del nuevo juego de la guerra económica entre las superpotencias son la *competencia* y la *cooperación*.

Por otro lado, no olvidemos la otra guerra económica global, la existente entre los ricos y los pobres, cuyas repercusiones sociales son muy graves. Cabría pensar que se trata de una guerra de *exterminio* o, cuando menos, de *marginación*. Porque ya no se necesita su población –son demasiada gente, se dice- y cada vez se necesitan menos sus materias primas; al parecer, sólo "los necesitamos como basurero".

¿Qué aportan los procesos globalizadores a este escenario mundial? ¿Favorecen la consolidación de una comunidad internacional? No es nada fácil llevar adelante el intento de lograr una comunidad internacional y, al parecer, menos todavía en una situación como la de la globalización.

En un mundo donde impera la lucha económica, no habrá más remedio que intentar aprovechar esa misma plataforma para conseguir la comunidad humana internacional que se pretende. En la economía misma estaría el punto de partida de la comunidad internacional. ¿Cuáles son los indicios para poder confiar en una posible vía económica para reconstruir una comunidad humana global?

En primer lugar, podríamos recurrir a reflexiones filosóficas de fondo, aplicando al campo económico, por ejemplo, el genial principio kantiano de la "insociable sociabilidad"; pero, en segundo lugar, hay que aludir a algunas actividades económicas que han contribuido a crear vínculos entre los más diversos países, como la expansión del comercio; y, en tercer lugar, conviene no olvidar que el sistema de *Bretton Woods* fue capaz en su momento de ofrecer un cierto modelo de comunidad económica internacional, al regular el sistema financiero internacional y crear instituciones económicas internacionales.

El sistema de *Bretton Woods* estuvo en vigor hasta 1971. La desaparición de ese marco para un orden económico mundial ha dejado un gran vacío, que urge llenar cuanto antes, contando con las nuevas condiciones del creciente proceso globalizador, porque la internacionalización de la economía, tal como se está llevando a cabo, tiene peligros muy graves. No hay más remedio que entrar en ese nivel internacional, para intervenir y orientar la nueva economía mundial. De lo contrario la imparable lógica del dinamismo que se ha puesto en marcha acabará por arruinar el sentido mismo de la economía real. La aportación del sentido ético en las instituciones internacionales va a ser un requisito necesario ante la ausencia de una legislación adecuada e incluso tal vez imposible para la complejidad de la economía internacional en su actual y previsible desarrollo.

Una de las consecuencias más nefastas de los procesos de globalización es paradójicamente el aumento de las desigualdades y de la exclusión. Pero, a mi juicio, es imposible superar la exclusión macrosocial y en el orden global, cuando en los niveles más básicos, en los capilares de nuestras sociedades e instituciones se practica con naturalidad la exclusión. Es una misión imposible e incluso absurda. Es impensable superar la *globalización de la exclusión*, cuando nuestra acción local (microsocial y mesosocial) es normalmente excluidora.

Abruma pensar que la mayoría de la población mundial está al margen –excluida- no sólo del disfrute de los bienes y servicios de que dispone la humanidad, sino aún más de los procesos en los que se toman las decisiones mundialmente relevantes y que afectan a su vida.

Más todavía, la mayoría de la población mundial está de sobra. En la nueva situación de desarrollo de la economía y de la sociedad internacional ya no se necesita la población del antes denominado "Tercer Mundo". La pérdida de importancia de la producción de materias primas hace superfluo el trabajo que las producía. La población se ha hecho "superflua", "sobrante". Los pobres pasan de ser "explotados", reales o virtuales, a ser "excluidos", porque están de sobra. Se convierten en poblaciones que ya no cuentan para nada, que carecen de todo tipo de poder, porque no pueden ni siquiera negociar para hacer valer sus exigencias. Están al margen, pues, de cualquier participación significativa sobre su futuro.

La "globalización" sin más no arregla nada. Al contrario, produce nuevas formas y dimensiones de la marginación y pobreza. Como indica Luis de Sebastián, la actual globalización es excluidora, puesto que en algunos de sus efectos más evidentes (como en la comunicación) sólo funciona para el 2% de la humanidad. Se trata, pues, de un proceso parcial y muy selectivo. El tan repetido cuento de la "aldea global" suena a nana para los que quieren dormirse apaciguados con su propio éxito, ya que globalizar sin las condiciones para, a la vez, integrar, implica aumentar las dimensiones de la *jungla global*. Sin las exigencias de justicia y solidaridad concomitantes constituye una irresponsabilidad asisitir sin más a una globalización unilateral, cuando la vida de la inmensa mayoría de la humanidad queda fuera de una globalización humanizadora.

Incluso ciertos dinamismos que se consideran consecuencia de la globalización, como la creciente competitividad internacional, se aducen como argumentos o excusas para reducir una serie de bienes y servicios ofrecidos por las diversas modalidades de los estados sociales.

Así pues, tanto en los países ricos como en los pobres lo que queda realmente al descubierto es la *aporofobia*. En todos los mundos posibles se excluye a los pobres, los que no gozan de acceso a la tierra, la cultura, la libertad, la vida; los que no interesan ni siquiera para ser explotados. Es éste el hecho implacable de la *aporofobia*, que casi todo el mundo intenta recubrir mediante otras terminologías, rehuyendo así llamar a la realidad por su propio nombre: la *aversión por el pobre*, el desvalido, el que no tiene nada que ofrecer a cambio, en el terreno que sea (económico, político, jurídico, de opinión pública).

¿Cuál es la perspectiva ética más propia en esta situación mundial, caracterizada por los irresistibles procesos de globalización y sus consecuencias? Una respuesta ética "a la altura de los tiempos" exigiría hoy al menos los siguientes rasgos:

1) Una ética de la *responsabilidad solidaria*, que no puede ofrecer ni el utilitarismo, ni el mero deontologismo kantiano, ni el comunitarismo neoaristotélico o hegeliano, ni el pragmatismo contextualista. Ninguna de estas concepciones puede fundamentar un principio de universalización, mediándolo adecuadamente con las exigencias de las organizaciones e instituciones modernas, de tal manera que puedan superarse las marginaciones y discriminaciones injustas.

2) Una *ética universalista*, que atienda a las exigencias de justicia y solidaridad, propias de un nivel postconvencional en el desarrollo de la conciencia

moral, en el orden económico, político y cultural. En realidad, *lo único que puede impedir la marginación es la universalización*. Quien desee anclarse en alguna particularidad sin abrirse a la universalidad, está practicando el principio sistemático de la exclusión.

Sólo si nos abrimos a la dimensión de la universalidad tenemos la formalidad adecuada para evitar sistemáticamente las marginaciones y exclusiones, por muchas dificultades que luego encontremos en la concreción. De otro modo, está asegurado el principio excluidor. Podemos, pues, decir que "o universalización, o exclusión (asegurada)". Cualquier otra vía particularista no es más que una trampa, de la que tarde o temprano habrá que arrepentirse.

Desde el principio de universalización se logra la perspectiva en la que cualquier otro ya siempre está incluido, al menos, virtualmente. Ésta es una precondición para la comprensión del otro y para no excluirlo, para tenerlo en cuenta y sentirme afectado por cada otro. De lo contrario, ¿por qué tengo que prestarle atención e incluso buscarlo o esperarlo, ejercitando una forma de anticipación hermenéutico-transcendental? La comprensión efectiva depende de la presencia del otro e incluso compartir la vida, pero todo este desarrollo hermenéutico presupone como precondición hermenéutico-transcendental el horizonte de la universalidad, la apertura radical al otro, en virtud de su valor como interlocutor válido, reconocido y respetado de modo universal e incondicional. Sólo desde este presupuesto se puede mantener siempre abierto el horizonte para cualquier posible encuentro.

Como afirma Hinkelammert, "la ética universal es la ética de los débiles por excelencia. Los poderosos no la necesitan, sin embargo, los débiles sí".

3) Una *ética universalista de las instituciones*, que esté a favor de los excluidos en cada contexto. Habría que refundar consecuentemente los principios del mercado, del estado, del derecho, de los medios de comunicación, de las instituciones internacionales, desde una perspectiva ética auténticamente universalista (postconvencional), que no sea excluidora, para lo cual ha de incluir a los afectados que normalmente no cuentan para nada o a lo sumo sólo –cuando conviene- como carne de cañón. Este nivel exige una ética de la *justicia* y de la *solidaridad universal*, en la que urge educar.

4) Una *globalización éticamente fundada*. En vez de que los mecanismos sociales se desboquen, urge crear unos centros de control de las consecuencias de los dinamismos de la acción colectiva desde un horizonte ético. Éste es el *reto de la responsabilidad global*, por las consecuencias de las acciones colectivas, producidas por la aplicación de los conocimientos científico-técnicos y por las decisiones político-económicas.

Los riesgos a los que se ve enfrentada la humanidad exigen responsabilidad en la organización institucional en los campos de la ciencia, la técnica, la política, el derecho y la economía, responsabilidades organizativas y de control. Es la *responsabilidad a través de las mediaciones, la responsabilidad mediática* para impedir o remediar riesgos y efectos negativos de la acción colectiva a escala internacional. Se trata de un ejercicio metainstitucional de la responsabilidad por la buena formación y el cumplimiento de las funciones colectivas de las instituciones.

Para no ser esclavos de los procesos globalizadores habrá que cambiar tanto la mente y los hábitos de nuestra vida cotidiana como las estructuras desde un nuevo horizonte de sentido, en el que nos sintamos urgidos por el afán de justicia y nutridos por la solidaridad universal.

Apunte bibliográfico

K. O. Apel, "Globalización y necesidad de una ética universal", *Debats*, nº 66 (1999), pp. 48-67.
U. Beck, *¿Qué es la globalización?*, Barcelona, Paidós, 1998.
J. Conill, "Guerra económica y comunidad internacional", *Sistema*, nº 149 (1999), pp. 99-110.
A. Cortina, *Ciudadanos del mundo. Hacia una teoría de la ciudadanía*, Madrid, Alianza, 1997.
A. Cortina, *Hasta un pueblo de demonios. Ética pública y sociedad*, Madrid, Taurus, 1998.
J. García-Roca, "Globalización", en *10 palabras clave en Filosofía Política*, Estella, Verbo Divino, 1998, pp. 163-212.
D. Held, *La democracia y el orden global*, Barcelona, Paidós, 1997.
F. Hinkelammert, *El capitalismo al desnudo*, Santafé de Bogotá, El Búho, 1991.
J.A. Moreno, "Especulación y capitalismo", en *Acontecimiento*, X, nº 31, primavera de 1994, pp. 8-9
K. Polanyi, *La gran transformación*, Madrid, La Piqueta, 1989.
L. de Sebastián, *Mundo rico, mundo pobre*, Santander, Sal Terrae, 1992.
L. de Sebastián, *La solidaridad*, Barcelona, Ariel, 1996.
L. Thurow, *La guerra del siglo XXI*, Buenos Aires, Vergara, 1992.
L.C. Thurow, *El futuro del capitalismo*, Barcelona, Ariel, 1996.
J. Mª Tortosa, *Sociología del sistema mundial*, Madrid, Tecnos, 1992.
P. Ulrich, *Integrative Wirtschaftsethik*, Bern, Haupt, 1998.